

Inti: Revista de literatura hispánica

Volume 1 | Number 24

Article 22

1986

Casi primavera

Resurreccion Espinosa

Follow this and additional works at: <https://digitalcommons.providence.edu/inti>



Part of the [Fiction Commons](#), [Latin American Literature Commons](#), [Modern Literature Commons](#), and the [Poetry Commons](#)

Citas recomendadas

Espinosa, Resurreccion (Otoño-Primavera 1986) "Casi primavera," *Inti: Revista de literatura hispánica*: No. 24, Article 22.

Available at: <https://digitalcommons.providence.edu/inti/vol1/iss24/22>

This Creación is brought to you for free and open access by DigitalCommons@Providence. It has been accepted for inclusion in *Inti: Revista de literatura hispánica* by an authorized editor of DigitalCommons@Providence. For more information, please contact elizabeth.tietjen@providence.edu.

RESURRECCION ESPINOSA

Casi primavera

Claro que los tiempos han cambiado, o que los años nos han ido cambiando de una manera que nosotros nunca esperábamos, aunque tú y yo, en el fondo, nunca hemos esperado nada.

Yo no sé si tú recuerdas el día en que empezaste a morir, aunque yo sospecho que sí, pero quién sabe cómo tú piensas. La muerte quizás es para ti otro de los muchos deberes, como la casa y los hijos, ayudar a papá con la tienda, siempre corriendo para que la comida esté en la hornilla a las doce. Quién sabe si empezaste a morir mucho antes que yo, cuando te sacaron de la escuela para que ayudaras a tu padre a tapizar ataúdes, tan de niña; o cuando te tomaron esa fotografía poco después de tu boda, con tu primera hija en brazos, repeinada y sonriendo con tu terrible delgadez — ¡madre, era domingo y tú ibas en alpargatas! —; o desde una de tus mesas de operaciones, donde con vergüenza dejabas al cirujano ver tu barriga desnuda, pensando en cómo pagar el hospital, en la ropa sucia amontonándose en la azotea, en quién llevaría el almuerzo a tus hijas ese día.

Hoy es sábado Santo, y mañana mi día. ¡Y hace tanto tiempo que no voy por el pueblo para que me regales algo! Y a tu edad, quién sabe, y yo

viviendo tan lejos... Me acuerdo de otro sábado, uno de esos sábados sucios y solos de mercado, donde yo empecé a perderme en medio del barullo de gentes de otras partes, la compra-venta de burros, los gitanos comiendo melones en los trancos, los tenderetes de tomates maduros, el camión inmenso de la tienda ambulante con altavoz donde si se compraba una manta regalaban un peine...

Tú andas como loca con el negocio. Quizás este sábado tampoco se ha ganado nada. (¿Estará el papá de mal humor?) Y, encima, otra preocupación: sientes cómo mis días ya son todos como esos sábados, cómo mi mundo está sucio y abandonado. Sospechas que me pierdo, que me devoran las sombras. Tú me buscas. Con un temblor asustado tu voz forma mi nombre, lo pronuncias cada vez más temerosa en la obscuridad de cada cuarto. Me encuentras en la azotea entre muebles viejos, tocándome el ombligo, sin darme siquiera cuenta que ya hay flores en los geranios. Me coges la mano gordezuela que ya ha empezado a consumirse por culpa de esa enfermedad extraña, enciendes la bombilla amarillenta de tu cuarto donde mis lágrimas y tu pena se hacen como más grandes reflejados en el espejo malo de tu armario. "No llores, tonta", dices, y me enseñas los regalos. Yo no quiero verlos. Ahora no sé si es porque pensaba que el ver los regalos antes del día de mi santo era pecado, o si era porque ya nada importaba, porque estaba tan triste. "Mira qué esclava tan preciosa", y sacas del cajón el cartón donde va cosida una de esas joyas baratas de la tienda de María la de José Antonio, que las guarda en vitrinas polvorientas entre botes de colonia para regalos y muñecas de cartón-piedra. "Mira qué preciosa", dices con voz temblorosa, "con perlas y todo. Pero no te puedes lavar con ella: se le va el oro". Me secas las lágrimas mientras digo que sí con la cabeza, que sí, que me gusta. Y escondes el regalo hasta mañana, para que nadie sepa que has hecho trampa.

Por ese regalo debería llamarte esta noche, madre, aunque lo había olvidado durante tanto tiempo. Debería llorar, ahora con otras lágrimas, y decirte que estoy triste y que tengo miedo. Pero no, no puedo hacer eso. Ya soy mayor y tú no lo entenderías... ¿O sí? (¡Quién sabe cómo tú piensas!) No te puedo decir así, por las buenas, que ya no tengo marido. Ni que tengo malos sueños. Ni quién me ha regalado este ramo de rosas, ni qué dice la carta que lo acompaña. Pero sí, te llamaré a medianoche: tú ya estarás levantada para otro día, desayunando, oyendo la música de la procesión del Resucitado, recordando que siempre íbamos las dos juntas cuando yo era niña. Pero no te preocupes: le diré a él que deje de tocar el piano para que tú no te inquietes. Y te diré que las señoras que viven en esta casa son muy buenas, y que mis estudiantes me quieren mucho; que iré a verte pronto; que mañana iré al cine con unas amigas; que ayer hice pan. Te diré todo esto con la voz más alegre que encuentre, y tú quizás no me oirás bien porque estamos muy lejos. Colgarás el teléfono y empezarás a pensar... ¡Y

debe ser tan triste para ti imaginar que yo vaya a comprar harina y que la pida en un idioma que tú no entiendes!